

De joyas y secretos: el homoerotismo en dos novelas de culto colombianas.

Gilberto Gómez
Wabash College
gomezg@wabash.edu

En junio de 2012, la revista de difusión cultural Arcadia de Bogotá sorprendió a sus lectores por la publicación de un curioso dossier titulado “25 joyas de la cultura gay en Colombia.”¹ Lo sorprendente no era el tema sino la cobertura artística que iba desde el cine al teatro pasando por las artes plásticas y, evidentemente, la literatura. En cuanto a esta, aparecían los predecibles Porfirio Barba Jacob y Fernando Vallejo (con dos novelas), así como el más o menos conocido Bernardo Arias Trujillo (1903-1938). El dossier incluía además dos novelas para muchos bastante desconocidas que para mí constituyeron una verdadera revelación, aguijoneada por el encomio con el que las presentaba el autor de aquel dossier, por cierto no identificado. Dichas novelas son Te quiero mucho, poquito, nada: historieta, de Félix Ángel (1975) y Un beso de Dick, de Fernando Molano Vargas (1992).² Los editores de Arcadia, en su escueta nota, escribían, como justificando el dossier, que “Las obras aquí escogidas son ante todo obras cuya belleza formal nos deja rendidos de admiración,” y añadían: “Toda auténtica obra de arte es, por supuesto, universal. Pero hacer énfasis en su contenido homoerótico constituye un aporte a la historia de la visibilización de un grupo que ha sido (y en muchas instancias sigue siendo) violentamente juzgado por la sociedad.” Me propongo aquí indagar sobre las características formales de estas dos novelas de circulación muy restringida (de la novela de Ángel se imprimieron sólo mil ejemplares artesanales, nunca reimpresos; la

primera edición de Molano no circuló pues fue recogida por su editor, la Cámara de Comercio de Medellín).³ Ofrezco aquí algunas reflexiones sobre su relevancia como productos culturales y la manera como se diferencian de las tradicionales representaciones negativas de la experiencia homoerótica en el contexto colombiano de fines del siglo XX, para quizá llegar a una posible explicación acerca de cómo estas novelas, importantes como son, han existido prácticamente como obras de culto.

Es curioso que existiese cierta ignorancia --es el caso mío-- sobre obras relativamente recientes que sin embargo han tenido un impacto importante hasta convertirse en novelas de culto, en una época en que, sobre todo a partir de la constitución de 1991, la sociedad colombiana aparentemente entró en una fase de mayor inclusión de minorías. En parte, es el reconocimiento vergonzoso de mi propia ignorancia lo que me ha motivado a leerlas y escribir esta breve disquisición sobre estos textos.⁴ Pero además, también el tratar de esclarecer aspectos de la dinámica editorial en un mercado como el colombiano, que presentaría distorsiones tan marcadas como las que aquí señalo.

Las novelas en cuestión tratan del despertar sexual de adolescentes, específicamente de deseo sexual homosexual hacia compañeros del salón de clase. La narrativa presenta a chicos de clase media estudiantes de bachillerato, uno en Medellín, otro en Bogotá, que asisten a buenos colegios. Ambas son narraciones en primera persona de tono ocasionalmente muy crítico de su entorno (por ejemplo, acerca del conservadurismo de Medellín, en el caso de Ángel). Curiosamente los protagonistas de ambas novelas comparten el mismo

nombre: Felipe. La novela de Ángel se define como una “historieta,” y tiene la peculiaridad de incluir dibujos en plumilla hechos por el propio Ángel, así como de incorporar collages eróticos hechos a partir de carátulas de revistas deportivas de la época. Además, en un poderoso gesto antiburgués, la novela está dedicada “A la respetable ciudadanía de Medellín y a su distinguida clientela.”

La novela de Molano, por su parte, es fundamentalmente un monólogo; una peculiaridad es que el narrador a veces convierte elementos inanimados de su entorno en narratarios (por ejemplo, sus zapatos), denotando un profundo sentido de ensimismamiento o alienación quizás propios de la adolescencia. Igualmente, sus diálogos, como otros lo han notado ya son maravillosos ejemplos de la prosodia típica del lenguaje bogotano de la época.⁵

Ambos textos son, esencialmente, instancias de *Bildungsroman*. En ambas narrativas los protagonistas, aunque conscientes de que su atracción homoerótica es transgresiva, proceden sin embargo con inocencia, y es –desde mi punto de vista- esa inocencia lo que da a estas novelas una carga emocional altísima, pues estos “Felipes” no se proponen hacer un desacato a sus familias o la sociedad, ni buscan reformar al mundo adscribiéndose a modos alternativos de vida: simplemente son lo que son. Sin que me proponga idealizarlos, quiero decir que hay en sus acciones una pureza quizá propia del idealismo juvenil. De todos modos, ese candor juvenil es consistente con lo que Tim Dean, escribiendo sobre la literatura norteamericana, postula en “The Erotics of Transgression”:

“...lesbian and gay sexualities have no essential or privileged relation to transgression. There is nothing necessarily revolutionary or, indeed, politically

progressive about same-sex desires, practices, identities and representations today.”⁶ A diferencia, sin embargo, de los *Bildungsromane* tradicionales, en los que los jóvenes se enfrentan a la sociedad pero terminan aceptando sus valores, en estos relatos los protagonistas se enfocan en su identidad sexual específica, la aceptan, y no buscan cambiar a nadie ni ejercen ningún tipo de militancia.

La lectura de estas novelas genera un doble interés: documental, y estético. En cuanto a lo primero, aclaro que ninguna de las dos son ejercicios de ficción erótica (hay muy poco erotismo en ellas, excepto el final de Un beso de Dick) sino instancias de educación sentimental, de ritos de pasaje de la niñez a la edad adulta a través de las borrascas de la adolescencia, que aquí están maravillosamente capturadas e, insisto, tienen pleno valor documental, quizá sobre todo para quienes crecimos en la época retratada en estas novelas. La educación sentimental, que en otras literaturas (como la francesa y la alemana) es un *topos*, o lugar común, importante, aparentemente no lo ha sido en la cultura y literatura colombianas. Podría ser solamente una provocación preguntarnos: ¿qué, o quién, sigue a la fallida educación sentimental y fracasada educación sexual del pobre Efraín en María? No podríamos aducir que Arturo Cova en La vorágine, pues cuando este se juega su corazón al azar (para que se lo gane la violencia) y conoce a Alicia, ya es bastante mayor y por tanto, en términos de nuestro planteamiento, es irrelevante. Y los protagonistas adolescentes de Andrés Caicedo en Que viva la música, aunque juegan al travestismo quizá son otra cosa, pues sus acciones se desenvuelven estrictamente entre cánones de la sexualidad tradicional. Por otro lado, en cuanto a narrativas más recientes, la protagonista de Vida (2010) de Patricia Engel es en efecto una *chica postmoderna*,

pues para ella Colombia es más una memoria de infancia que una verdad experiencial, y compararla con los “Felipes” de que hablo no vendría al caso tampoco.

La cultura colombiana, ya en la época de aparición de Te quiero poco... (1975), evidenciaba la contundencia del cambio generacional que reemplazaría tanto la solemnidad de la “Generación del Estado de Sitio” como la de sus predecesores inmediatos, los Nadaístas. En efecto, creo que esa novela aparentemente periférica de Félix Ángel, publicada en 1975 en una editorial periférica de Medellín y en un tiraje de solamente mil ejemplares, se adelanta (y no sólo porque la precede cronológicamente) al que se ha tenido como el texto fundamental de su década, Que viva la música de Andrés Caicedo, publicado en 1977. La suerte de esos textos ha sido del todo divergente. Como escribe el autor del artículo en Arcadia, la obra de Ángel “Por escandalosa, fue retirada de todas las librerías de la Villa, menos de la Librería Aguirre. Desapacible, experimental, armada a retazos y con un narrador que prueba todos los puntos de vista, la novelita de Ángel se atrevió, de forma pionera, a nombrar un deseo que no tenía voz.” Por su parte, la importante novela de Andrés Caicedo envolvía su irreverencia en un masculinismo hegemónico en el fondo quizá bastante convencional.⁷ Por ello pienso que los deseos mucho más recónditos que Félix Ángel y, años después, Fernando Molano relatan en sus “joyas secretas” llevan la escritura sobre adolescentes, su educación sentimental (y sexual), y su desencuentro con el mundo adulto a un nivel diferente. Con todo, no conozco novelas que narren ese proceso desde el punto de vista de chicas, y sería bueno

arrojar luz al respecto, sobre todo en el marco de un congreso como éste, dedicado al tema de “La mujer en Colombia.”

En cuanto a novelas de educación sentimental, las obras de Ángel y de Molano están focalizadas en adolescentes que se sienten separados del mundo de los mayores por un foso inmenso. Uno de los pasajes que captura de modo más “realista” o verídico el *Angst* del adolescente gay en un medio tan reticente como el colombiano ocurre en Un beso de Dick cuando Felipe confiesa a su diario la alegría que siente por haberle finalmente declarado su amor a Leonardo (p. 49), sellando esa confesión con un beso. Desde el punto de vista de la narrativa, es un párrafo sobresaliente que, al tener como narratario a un almanaque en el cual señala con una X el día de ese primer beso, hace del lector un voyerista.

Otro punto común en las dos novelas es mostrar la vida en el colegio de bachillerato, incluyendo referencias críticas a los profesores, que se perciben como viejos, incomprensivos e inflexibles: por ejemplo, el de historia, quien se enoja con Leonardo por no saber los nombres de los presidentes del Frente Nacional (p. 64). Una forma de apreciar estas novelas, más allá de sus logros formales, es ver la manera como sirven de vehículo para una erótica de la transgresión. Aunque al momento de su aparición la homosexualidad en Colombia ya estaba descriminalizada, vale regresar a las tesis de Tim Dean para quien “Transgression concerns not the law but the limit, the violation of taboos, of thresholds constructed through shame, disgust, and moral sanction.”⁸

Algunos ejemplos de esa transgresión y sus consecuencias son la denuncia de Felipe en Un beso de Dick cuando el vigilante del colegio lo ve besándose con

Leonardo; una contrapartida es la solidaridad y comprensión que le ofrece su tía, quien viene de Medellín a acompañarlo en la crisis familiar que se desencadena el hecho de que su romance con Leonardo ya no es secreto.

Sorprende que el mundo que habitan Felipe y Leonardo es notoriamente no homo-social. Ello quizá podría marcar un importante punto de diferencia con relación al caso de narrativas similares en el caso de los EE. UU. En primer lugar, en el noviazgo de estos dos chicos no hay otros chicos cómplices, pero tal vez más importante es que ellos sean futbolistas, de apariencia física musculosa y comportamiento varonil y algunas veces belicoso; además, han tenido novias y con frecuencia son objeto del afecto de alguna de sus compañeras. Tal es el caso de Lucía, ex-novia y luego cómplice de Felipe en Un beso de Dick, y de Libia y Leonardo. Todo ello apuntaría a la existencia de un continuum emocional y sexual más acorde con lo que ya en los años 1950 Kinsey había descrito que con las estrictas categorías binarias sobre la orientación sexual que permean la cultura popular. Y ello ocurre en salones de clase en colegios de barrio, mientras allá afuera los adultos se mataban entre sí, o eran muertos, por conflictos sociales que no tienen cabida en las páginas de estas novelas. ¿No radicaría quizá en ello la posible explicación de su existencia clandestina aún hoy?

Consistente con esa representación de un mundo más complejo del adolescente gay es el interés y sensibilidad de Leonardo por el arte. En la narrativa de Dick, una vez descrito el comienzo del romance de Felipe y Leonardo, el narrador nos presenta el intenso interés de éste por la poesía de Eliseo Diego, y en un segmento de varias páginas describe la sofisticada interpretación que Leonardo

hace de ese poema, para la que recurre a la historia del arte pictórico del Renacimiento (pps. 89-94); ello aunque simultáneamente Leonardo es descrito como “machito de las piernas fuertes,” y *crack* de su equipo de fútbol.

¿Cómo debemos interpretar esas frecuentes alusiones a otros géneros y a otras artes? Por ejemplo, la poesía, la pintura del renacimiento o los sueños de Felipe de hacer una película (p. 142-143). ¿Supone Molano una insuficiencia de la novela como género? Recordemos que, por su parte, la novela de Ángel está acompañada y depende de una cantidad de dibujos a plumilla y collages, quizá apuntando a una insuficiencia genérica. Si ese es el caso, esa supuesta insuficiencia genérica ¿qué tendría que ver con los conflictos centrales de estos textos, en particular del amor del Felipe (“Pipe Vallejo”) de Te quiero... por su amado Ricardo Daza, y del otro Felipe por Leonardo? Quizá podría argumentarse que la complementariedad de las artes es paralela a la de los géneros artísticos y otros géneros, y que en el fondo estos textos arguyen y muestran que el amor entre chicos no es fundamentalmente diferente que el amor de chicas y chicos. En efecto, Felipe se pregunta “¿cómo podría enamorarme de Libia si yo vivía enamorado de Leonardo?” (p. 146), asumiendo que bien hubiese podido haberse enamorado de ella. La arbitrariedad del amor y su naturaleza precaria e imprevisible serían, de ese modo, la lección fundamental de las novelas aquí consideradas, que existen en un continuum sexual y afectivo que, aunque decantándose por el homoeroticismo, lo presentan no en oposición al masculinismo convencional sino solamente como una fase más, tal como Tim Dean había indicado; es decir, “ni mejor ni peor,” para usar una expresión común. Por tanto, es posible, y digo solamente *posible*, que en su renuncia a una

instancia opositoral, privilegiando la vivencial, estos textos, dada su temática intimista, hayan sido básicamente ignorados por un gran público mayormente preocupado por los grandes conflictos macro-sociales, políticos, y de otro orden, que la sociedad colombiana ha sufrido desde 1975 o antes.

Notas:

¹ El dossier de Arcadia se puede ver en:
http://www.revistaarcadia.com/especiales/25_joyas_cultura_gay/index.html
(mayo 1, 2013).

² En adelante citaré por estas ediciones: Félix Ángel, Te quiero mucho poquito nada: historieta. Medellín, s. d., 1975, 191 páginas; Fernando Molano Vargas, Un beso de Dick [1992]. Bogotá, Proyecto Editorial, 2000.

³ Para información adicional sobre la obra de Molano, véanse la entrevista con su editor David Jiménez en
http://www.elmundo.com/portal/cultura/palabra_y_obra/fernando_molano_para_recordar_al_escritor.php
y el reciente artículo (de junio 17 de 2013) de Harold Alvarado Tenorio sobre la obra póstuma de Molano, Visiones desde una acera, en

<http://www.elespectador.com/noticias/cultura/articulo-428194-visiones-una-acera>.

⁴ Sobre el papel de la ignorancia en los sistemas de conocimiento, véase J. Mair et al, "Introduction: Making Ignorance an Ethnographic Object" in C. High et al., *The Anthropology of Ignorance*, New York: Palgrave, 2012, p. 1.

⁵ Por ejemplo, Héctor Abad Fabiolince, en su prólogo a la edición de Proyecto Editorial. Abad había sido miembro del jurado que premió la novela en 1991.

⁶ Tim Dean, "The Erotics of Transgression," *The Cambridge Companion to Gay and Lesbian Writing*, Cambridge, UK: Cambridge University Press, 2011, p. 68.

⁷ Ya Daniel Balderstorm había hecho una breve comparación entre los dos autores, enfocándose en qué habría ocurrido de no haber ambos muerto prematuramente. Véase Balderstorm, "Baladas de la loca alegría: literatura *queer* en Colombia," en *Otros cuerpos, otras sexualidades*, Bogotá: Universidad Javeriana, 2006, p. 27. Por otro lado (aunque sin referirla a la obra de Caicedo) Chloe Rutter-Jensen estudia la narrativa de Molano y su discurso sexual en su obra *Heteronormatividad y sus discordias: narrativas alternativas del afecto en Colombia*. Bogotá : Universidad de los Andes, 2009.

⁸ Tim Dean, en p. 8-9.